

Presupuestos de un humanismo CRISTIANO.

Es posible que jamás tenga oportunidad de ver el reciente film de Buñuel "Diario de una camarera". Sin embargo, el tema recuerda las reacciones que me producían ciertas conversaciones en la mesa familiar frente a la empleada doméstica que servía a la mesa. Me preocupaba mucho por el escándalo que algunas palabras o apreciaciones debían provocarle y me persuadía que nos despreciaba profundamente. Hace un año he vuelto a tener la misma reacción cuando un amigo llegado en el avión que nos abastecía de pertrechos palpaba el brazo del Yekuana Tawadu, al que admiraba por su fuerza. Mientras mi amigo practicaba este gesto con la mejor intención, miraba yo al Tawadu y descubría su mirada de desprecio. El mismo día tuve que excusar ante un Yekuana Tawadu la indelicada actitud de otro amigo "civilizado".

Hace poco, otro amigo, un hombre extremadamente bondadoso, no podía soportar que yo, "civilizado" y por añadidura sacerdote, cargara yo un paquete demasiado pesado para la india de 11 años que nos acompañaba. "La muchachita se siente feliz pudiendo llevar los paquetes." Por otra parte tengo la misma reacción cuando un Yekuana rehusa comer en el mismo plato que un Sanema, del que se cree muy superior, y en lo que no hace más que imitar el ejemplo que le da el pobre criollo de Maripa, que ni por todo el oro del mundo "se sentaría a comer en la misma mesa con un indio".

Se podrían citar miles de ejemplos, los cuales muestran hasta qué punto cada hombre tiene necesidad de sentirse superior y de subrayarlo. ¡Qué difícil es llegar a un amor respetuoso del prójimo! Se puede decir que es un rasgo típico del hombre blanco —orgullosa de su civilización— creerse automáticamente superior en todo a los de-

más hombres. Es un dogma bien establecido.

Otra fase de igual género y que surge espontánea refleja esta misma espontaneidad: "Vivo solo entre los indios, por aquí se ve raras veces un civilizado." En la idiosincrasia del hombre común —y de todos los hombres, ya que en nuestra manera de actuar la primera reacción es la de responder como hombre común— existen, de un lado, los civilizados, entre los cuales evidentemente nos incluimos, y del otro lado, los indios (o negros, etc.), que son "salvajes", es decir, los que no tienen civilización ni cultura, apenas son hombres; de un lado, los que les falta todo y deberían estar muy reconocidos de recibir.

Personalmente, escuchando estas apreciaciones, tengo la tentación de responder: "Los salvajes somos nosotros, y los civilizados son ellos." Evidentemente, esta respuesta sería de una simplicidad aflictiva. No solamente será necesario definir ciertas nociones o ciertos términos, como el de "civilizado", "salvaje" o primitivo, sino que sería conveniente también de-

¿Quiénes?

JUAN FCO. NOTHOMB,
Hermanito de Jesús

moler todos los falsos dogmas de nuestra mentalidad occidental, que está en la base de un racismo latente, de racismo pasivo en los hombres cuya piel es blanca.

Lejos de mí negar que la civilización occidental es de gran valor, y que su influencia desborda, a justo título, su importancia geográfica, ni que ha aportado a la humanidad entera progresos evidentes, tanto en el plano espiritual como en el material; sin embargo, cabría preguntarse si la civilización no debe hoy en día, su influencia, más al extraordinario desarrollo material y técnico que a su aporte espiritual. No se puede negar tampoco que ese inaudito salto adelante, tanto científico como material, está en camino de hacer gala de un sólo sistema posible para el mundo moderno, a tal punto que pareciera humanamente impensable en el plano económico concebir otro sistema factible. Y desde este punto de vista, el marxismo y el capitalismo son parientes muy próximos.

Por otra parte no se puede negar que nuestra civilización parece al borde de sus fuerzas, que no

¿Los salvajes?

¿Los "civilizados"?

domina lo que engendra; que nunca se ha exaltado tanto —dentro de los principios— el valor de la persona humana y, sin embargo, nunca se le ha despreciado tanto en los hechos.

Lejos de mí querer equiparar las grandes corrientes de civilización con la de algunos millares de indios o de primitivos repartidos en el mundo, o de defender la idea simplista del "buen salvaje", pervertido automáticamente por aquella, pero la relación concreta tanto con el mundo de tipo occidental como con el de una población indígena todavía exenta de contactos con dicho mundo, no puede más que llevarnos a una serie de reflexiones que ayudan a distinguir mejor en todo problema humano lo esencial de lo accidental. Por otra parte, no se debe olvidar que el simple hecho de pertenecer a una gran corriente de civilización no nos da automáticamente derechos, sino, al contrario, deberes. Exactamente como el simple hecho de pertenecer a la sola y única Iglesia de Jesucristo no nos da ningún derecho frente a los que no son miembros de ella, sino grandes deberes.

Los indios primitivos con los cuales vivo no roban jamás, no matan, tienen un profundo respeto por la autoridad, no obedecen como máquinas, sino realmente como hombres libres, respetando a sus mujeres; tienen un sistema político muy sabio, viven en sociedad muy adelantada, con un gran respeto del individuo para equilibrarla, etc. Su tipo de civilización es evidentemente primitivo, pero ha sabido dictar leyes que han ayudado a estos hombres a ser hombres en el sentido más auténtico del término, y a guardar, en cuanto grupo, una sabiduría humana que raras veces he encontrado en otra parte. Sin embargo, son hombres como los otros, con sus defectos, sus pecados, sus taras. Sus condiciones de vida favorecen este equilibrio: se desconoce el dinero, es muy reducido el grupo, etc. En este sentido están en una situación excepcional y sería ilusorio, para horror del mundo moderno, querer dar marcha atrás y pasar de los telares modernos al huso.

Pero, sin embargo, esto hace reflexionar. ¿No tenemos algo que aprender de estos hombres simples, felices, sin compromisos, sin complejos? ¿No se podría pensar que dentro del plan de Dios estos hombres, que hasta ahora se han quedado como al borde de las grandes corrientes de la cultura, nos vienen a recordar ciertas verdades humanas que estamos en camino de perder totalmente? ¿Llevaremos nuestro orgullo hasta creer que somos los únicos que podemos dar algo y no tenemos nada que recibir? ¿Civilizarlos consiste en quitarles todo lo que les es propio para reemplazarlo por lo nuestro? ¿Civilizarlos consiste en hacerlos ciudadanos útiles con nuestras costumbres, nuestras concepciones, nuestro sentido materialista de la vida, aumentando en unas unidades más las masas en condiciones infrahumanas y subdesarrolladas de nuestras ciudades y campos en los que toda estructura de base, tanto humana como sobrenatural, está terriblemente ausente? ¿Es absolutamente evidente que nuestra tarea consiste únicamente en aportarles algo sin recibir nada de ellos?

La mayoría de las veces se oyen expresiones como estas: "Estos pobres indios tienen necesidad de nosotros", "cuando los dejamos

quedan desamparados", etc. De hecho, actuamos como si estuviéramos bien persuadidos de que no tenemos nada que recibir. Este es un falso dogma bien establecido que nos impide a priori ver al prójimo como prójimo a quien deberíamos respetar efectivamente y deberíamos tratar de comprenderlo. O dicho en otros términos, vamos "hacia" ellos con la certeza de que lo mejor es llevarles nuestra civilización, sin preocuparnos del drama psicológico que puede entrañar para un hombre el paso tan radical que le imponemos con un candor a veces escandaloso. Todo esto toca al indio —ser humano de carne y espíritu— tanto bajo el aspecto material como el espiritual, cultural y religioso.

Confundimos demasiado fácilmente los valores esenciales de las grandes corrientes de civilización con todo lo accidental, lo pasajero, que ciertamente no carece de valor, pero que, de hecho, es relativo al tiempo y al espacio. Exactamente como en nuestro catolicismo confundimos las verdades esenciales de base con todo el recubrimiento accidental acumulado con el tiempo. Sobre este punto cada uno debe hacerse un examen de conciencia.

Frecuentemente es esta tendencia la que inspira nuestra acción. Nos es imposible imaginar otra forma de vida exterior, otras costumbres, etc., que las nuestras y, sobre todo, otras formas de pensar o de considerar el porvenir, la vida. No cesaremos hasta que hayamos impuesto a los otros los menores detalles de nuestro hacer cotidiano. Imaginamos difícilmente otra forma de amarlos.

De hecho, a pesar de nuestras cualidades, los occidentales o civilizados de tipo occidental somos a menudo profundamente materialistas. Tenemos sed de resultados visibles, de progresos técnicos, de una evolución rápida; queremos el rendimiento, nos encantan las estadísticas. Esta tendencia repercute fácilmente sobre nuestra vida espiritual, a pesar de nuestro cristianismo. Queremos transformar las almas al mismo ritmo que la materia. Lo que es un error grave. En esta carrera loca tenemos dificultades para conservar nuestro equilibrio espiritual. Hoy en día quisiéramos poner el universo entero a nuestra velocidad. Hay un

ritmo de crecimiento que ya no respetamos. Obtenemos fácilmente resultados visibles en nuestra acción, inclusive en nuestra acción apostólica; pero ¿podremos medir el grado real de evaluación interior? ¿Estamos también conscientes de lo que destruimos sin reemplazarlo por nada?

Se necesita tiempo para penetrar realmente en una mentalidad diferente a la nuestra; se necesita tiempo para lograr una evolución sin que haya también demolición; se necesita, sobre todo, mucha humildad para una tarea tan ardua. Saber amar al prójimo y para amarlo saber conocerlo, y para conocerlo saber escucharlo, y escucharlo con respeto y atención.

No existe ninguna superioridad intrínseca de nadie frente a nadie, y desde el momento en que se puede llegar a establecer un verdadero contacto humano, es necesario el diálogo. Por el contrario, la mayoría de las veces nos contentamos solamente con el monólogo; uno se escucha a sí mismo, se inclina "sobre el otro". El verdadero diálogo supone cierta igualdad, cierta calidad de amistad, cierta calidad de respeto.

El otro es un ser personal que contiene una parcela propia de perfección divina que nadie más posee, que ha recibido el don de hacerla fructificar, que ha sido hecho por Dios y que será juzgado como nosotros sobre el amor, bajo criterios que sólo Dios conoce. "Al que haya recibido mucho le será pedido mucho; a aquel que haya recibido poco se le pedirá poco."

Estamos hechos para una cierta perfección de nuestro ser, y existe una perfección natural y una perfección sobrenatural. Tiene que incluirse mi amor y mi respeto al prójimo, en cuanto prójimo, en la base de mi deseo de transmitirle lo mejor de lo que yo he recibido, lo cual me llevará a desear recibir de él lo mejor que ha recibido. Por respeto a su inteligencia no rehusaré el descubrirle el progreso humano, material, cultural, espiritual.

En este sentido estamos obligados a hacer participar a todo hombre de los beneficios de la civilización de la que nosotros mismos nos hemos beneficiado. Se comprende a primera vista la buena intención que impulsa a ciertas

personas a decir: "Son felices tal como viven, ¿por qué querer enseñarles otra cosa?" En fin de cuentas, este punto de vista es falso: no se le tiene confianza al hombre. Quienes así hablan son paternalistas, y esto es finalmente una falta de respeto al prójimo. Lo que no quiere decir que el progreso es un fenómeno automático. Cuando se trata de hombres estamos siempre delante de lo desconocido de la libertad y frente a la mala utilización de los mejores factores. Lo que no quiere decir tampoco que sea necesario aportar todo sin prudencia, sin discernimiento, sin sabiduría. Por esto precisamente es menester insistir en que todo progreso material debe ir acompañado de progreso espiritual.

Efectivamente, el amor y respeto al prójimo y a su destino sobrenatural y el respeto al derecho de su inteligencia a conocer la verdad me llevará a dar lo mejor que Dios me ha dado: la fe en el Dios trinitario. Existe el mandato formal de Jesucristo: "Id por todo el mundo y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." El mandato es demasiado explícito para que un cristiano pueda escurrir el bulto frente a él. Pero este derecho a la verdad es como el fundamento natural del misterio sobrenatural del amor de Dios hacia todo hombre. O sea, el amor es personal y a base de conocimiento.

Este amor y respeto harán desaparecer en mi acción su aspecto "paternalista". Hay situaciones en las que es necesario positivamente enseñar, y en las que hay inclusive que proteger. Pero frente a un adulto, otro adulto no puede jamás adoptar una actitud idénticamente igual a la de un padre frente a su hijo. Hay aquí un matiz difícil de explicar, pero un matiz frente al cual el interlocutor, sea cual fuere su nivel social, cultural o religioso, es muy sensible. En el evangelio la actitud de Jesús nunca es paternalista.

Cuando llego a los Yekuna del alto Erebato trayendo artículos de manufactura moderna, experimento tentaciones de orgullo, algo así como si fuera yo el inventor de tales artículos.

"¿Has fabricado todas las máquinas y motores que nos traes?"

"No, las he comprado." "Todo lo que utilizo yo, en cambio, lo fabrico yo mismo." Hay en esta respuesta una gran sabiduría humana que me vuelve a colocar en mi puesto. "¿Qué tienes que no lo hayas recibido?" Si he puesto en valor lo que he recibido gratuitamente, tendré mérito y seré recompensado. Pero esto mismo sucederá a mi prójimo. Y el hecho de haber recibido me da deberes y no derechos.

Realmente, frente a aquel que no comparte la verdadera fe, mi única superioridad efectiva es mi fe. Pero sabemos que la fe es un don absolutamente gratuito de Dios, sin que exista ningún mérito por mi parte. Se nos va a juzgar sobre el amor. ¿Quién se atreverá a decir que ese Sanema primitivo, de quien me siento tan superior, no ha valorizado más los dones que ha recibido y ha mostrado más amor?

Cuando considero todos estos aspectos, todas las tentaciones de creermelo superior por tener conocimientos de estas o aquellas disciplinas, por haber hecho tales estudios, etc., adquieren sus verdaderas dimensiones de cosas muy relativas que en última instancia, a los ojos de Dios, no tienen la menor importancia. Es esa mirada de Dios, "que sabe lo que hay dentro del corazón del hombre", la que debe inspirar toda mi acción sobre la tierra. Todo esto no suprime las infinitas jerarquías exteriores y visibles de toda sociedad humana, sino que ayuda a restablecer un equilibrio, por encima de todas las diferencias, porque la amistad verdadera restablece las relaciones humanas en sus verdaderas dimensiones.

Y, finalmente, en los intercambios no sabemos jamás quién es el que da más o el que más recibe. Las apariencias son a menudo engañosas en este género de cosas, cerradas para las estadísticas, las apreciaciones y los cálculos humanos. Sólo Dios es juez de este misterio.

Juan Francisco Nothomb
Hermanito de Jesús
Santa María de Erebato